

In memóriam Gustavo Forero Jerez
(Piedecuesta, 2-11-1926 – Bucaramanga, 9-9-2007)

22

El día lunes primero de marzo de 1948, en el patio central del Instituto Industrial Dámaso Zapata, el presbítero Gilberto Serrano ofició al punto de las nueve de la mañana una misa de acción de gracias. Terminado este santo sacrificio del altar, comenzó el acto oficial de apertura del primer curso con el que la Universidad Industrial de Santander dio inicio a sus labores misionales. La mesa honorífica del acto, cubierta con un grueso mantel de damasco, exhibía tres sombreros *Barbisio* y un kepis militar. Los sombreros pertenecían al gobernador de Santander, doctor Rafael Ortiz González; al director de Educación Pública, Francisco García Valderrama, y al primer rector de la Universidad, ingeniero Nicanor Pinzón Neira. El kepis era del coronel Miguel Ángel Hoyos, comandante de la Quinta Brigada, quien este mismo año ocuparía el sillón de gobernador a consecuencia de la crisis política que dejaron los desórdenes capitalinos conocidos con el nombre de El Bogotazo. El secretario de gobierno, Gerardo Vesga Tristancho, vestía ese día un traje blanco y no llevaba sombrero. Los dos rectores de los colegios públicos de la ciudad, el Santander y el Dámaso Zapata, engalanaban el acto con la dignidad señorial de su testa calva: eran don Juan de Dios Arias y el ingeniero industrial Julio Álvarez Cerón. Completaban la mesa el



presidente de la Sociedad de Mejoras Públicas, don Cristian Clausen, y dos destacados profesionales de la recientemente fundada Sociedad Santandereana de Ingenieros: Rafael Gómez Amorocho y Luis Aurelio Díaz.

El orden del acto oficial se abrió con la lectura de dos documentos pertinentes: el *prospecto* de las tres carreras de ingeniería que fueron abiertas ese día –Eléctrica,



Mecánica y Química Industrial–, y el decreto 583 (25 de marzo de 1947) que ordenaba crear en la ciudad de Bucaramanga una Universidad Industrial, cuyo objetivo principal sería “la enseñanza técnica profesional en las ramas de ingeniería industrial acordes con las necesidades del país y las exigencias y conquistas de la industria nacional”. Luego tomó la palabra el ingeniero Gómez Amorocho y

“La civilización debe constituir un conjunto armónico en el cual corran parejas las cosas del espíritu con las prácticas creadoras de la técnica. Grecia y Roma fueron grandes porque supieron hermanar estas dos preocupaciones humanas”.

Rafael Ortiz González

afirmó resueltamente que este acto constituía para Santander “un hecho de tan marcada importancia que puede equipararse, sin exageración, a cualquiera de nuestros grandes acontecimientos del pasado”. Le siguió en el uso de la palabra el director de Educación Pública, quien conjuró al maligno espíritu político de unos tiempos violentos que este año se precipitaron sobre la nación. Con sus dos brazos pegados al cuerpo vociferó que “la obra de la Universidad de Santander no puede monopolizarla ningún grupo, ni una persona determinada”, pues no se trataba propiamente del “patrimonio de un partido político” sino de “la culminación de un sentimiento general de nuestra raza, y principalmente del pueblo santandereano”. Por su alta investidura le correspondió el último turno del uso de la palabra al gobernador Ortiz González, destacado poeta entre los hombres de letras de Santander y connotado abogado, quien defendió la dignidad del saber técnico frente al humanístico con las siguientes palabras: “La civilización debe constituir un conjunto armónico en el cual corran parejas las cosas del espíritu con las prácticas creadoras de la técnica. Grecia y Roma fueron grandes porque supieron hermanar estas dos preocupaciones humanas”.

Terminado así el acto oficial de apertura de la nueva institución, fueron reorganizadas las sillas metálicas que llenaban el patio para ayudar al fotógrafo enviado por el periódico *El Frente* a cumplir con su comisión. Fue entonces cuando ocupó la escena, en dos filas, la generación fundadora de los estudiantes de 1948. De pie los de atrás, y sentados los de la primera fila, acompañados por todas las autoridades ya mencionadas, aparecieron ante el lente de la cámara del fotógrafo los estudiantes fundadores de la Universidad. Con la ayuda de esa fotografía y de la primera lista manuscrita de clase, procedamos a identificar los nombres de los veinte estudiantes que integraron la generación fundadora. Se llamaban Roberto Aguilera, Heriberto Arias Aponte, Hernando Ariza

Páez, Víctor Bacca Soto, Francisco Casadiegos Peinado, Luis Daniel Chacón Plata, Alfonso Franco Silva, Álvaro Garzón Palacino, Héctor Gómez Vargas, José Gutiérrez Leguizamón, Antonio Medina Albarracín, Orge Emiro Montaña Caviedes, Alirio Navarro Paredes, Hugo Navas Gómez, Rafael Peinado Royero, Jaime Pradilla Sorzano, Alfonso Ramírez Pinzón, Eduardo Torres Sanmiguel, Álvaro Villabona Abril y Julio Villamizar Ayala.

Se trataba de un conjunto muy variado por su procedencia y por su formación. Es preciso entonces diferenciarlo en varios grupos. El primero de ellos era el de quienes representaban las mejores esperanzas del ingeniero Julio Álvarez Cerón, quien los había formado desde 1942 como técnicos en el Instituto Industrial Dámaso Zapata. Convencido de que la necesidad más urgente de la industria nacional era la formación de técnicos, diseñó para la Dirección de Educación de Santander un plan escalonado de educación técnica que partía del bachillerato industrial del Dámaso Zapata y terminaba en la creación de la Universidad Industrial. La secuencia de formación diseñada se componía de tres grados sucesivos: expertos, técnicos e ingenieros industriales. Juzgando que el país requería en ese momento solamente tres clases de ingenieros industriales –mecánicos, electricistas y químicos– calculó que la Universidad Industrial debía ofrecer una “enseñanza industrial facultativa” con el objeto de “formar el personal capacitado por sus conocimientos técnicos y científicos para la dirección de las industrias fabriles y manufactureras, mecánicas, químicas y eléctricas”.

Pese a tan altos ideales, el aporte del Dámaso Zapata a la primera generación de 1948 fue relativamente pequeño: apenas tres estudiantes. No obstante, su eficiencia terminal fue la mejor, pues los tres se graduaron como ingenieros y ejercieron con éxito sus profesiones. A cambio, el laboratorio de Física que organizó don Julio Álvarez en este Instituto fue un gran aporte a la docencia de la UIS, así como sus talleres, pues el primero

fue trasladado a la actual sede de la Universidad. El primero de los estudiantes formados por su rector fue **Heriberto Arias Aponte**, nativo del Socorro (12 de agosto de 1924), quien efectivamente había obtenido los títulos de experto (1946) y de técnico (1947) en el bachillerato industrial. Fue delegado de los estudiantes ante el Consejo Directivo en 1951 y terminó graduándose como ingeniero mecánico el 27 de junio de 1959. Su práctica profesional la realizó en ECOPEPETROL y ya se fue de este mundo. El segundo es **Antonio Medina Albarracín**, nativo de Bucaramanga (13 de junio de 1924), quien como el anterior fue experto en 1946 y técnico en 1947. Se graduó como ingeniero mecánico el 10 de marzo de 1958 con un proyecto de “Organización de una fábrica de carretillas”. Después de trabajar un tiempo en ECOPEPETROL se marchó en busca de mejores horizontes laborales en Venezuela, donde reside. Y el tercero es **Alirio Navarro Paredes**, natural de Matanza (21 julio de 1926), con la misma trayectoria de los

dos anteriores en el bachillerato industrial, quien se graduó como ingeniero mecánico el 4 de julio de 1959. Después de trabajar un tiempo en ECOPEPETROL se fue a laborar en Barranquilla. La trayectoria personal de este grupo de elite, consentido por don Julio Álvarez, es homogénea. Todos adquirieron su experiencia profesional temprana en ECOPEPETROL y todos ejercieron una destacada actividad profesional en el campo de la ingeniería industrial.

El segundo grupo es el de los “costeños”, convocado por don Marco Antonio Arenas Buenahora cuando ejerció, en la Ocaña de 1947, la rectoría del Colegio Nacional José Eusebio Caro. Tres bachilleres de este año decidieron trasladarse a Bucaramanga tras su rector, quien se convirtió en el primer secretario de la Universidad Industrial y desde el 17 de mayo de 1948 en secretario de Educación de Santander. Aunque el primer Consejo Directivo de la universidad lamentó este abandono, don Marco Antonio le con-



fió a un periodista de *El Deber* que durante su administración la UIS sería “una de sus primeras preocupaciones”, por lo cual se proponía asegurarle su funcionamiento “en los años venideros”, gestionar recursos para el primer edificio propio y conseguirle “laboratorios modernos para el estudio de las diferentes especialidades que piensan establecerse”. La figura más visible de este segundo grupo es **Víctor Bacca Soto**, nativo de Chimichagua (10 de julio de 1926), quien residió como “interno” en la primera sede de la UIS. Se graduó como ingeniero electricista el 28 de marzo de 1955 con un proyecto relativo al “Uso y mantenimiento de los equipos de electricidad industrial”. Su desempeño profesional en ECOPEPETROL fue destacado, pues llegó a la gerencia de su división de Petroquímicas. Una vez pensionado en esta empresa aceptó la primera gerencia de CORPOMAGDALENA y actualmente se encuentra retirado en Cartagena. El segundo de este grupo es **Francisco Casadiegos Peinado**, natural de Teorama (6 de julio de 1927), también “interno” en la primera sede de la UIS. Se graduó como ingeniero mecánico el 22 de diciembre de 1962 y se marchó a Bogotá, donde trabajó para el Ministerio de Obras Públicas, y ya abandonó este mundo. El tercero es don **Orge Emiro Montaña Caviedes**, nacido en Ocaña (1927) y otro de los “internos” de la primera sede. Se retiró durante el segundo semestre por bajo rendimiento en las clases de matemáticas y geometría analítica que dictaba José Álvarez Cerón. Trabajó en Cementos Diamante como dibujante de piezas desgastadas de los hornos para luego modelarlas y fundirlas, hasta 1954. Luego sirvió a la Compañía Morrison como dibujante de topografía. El resto de su vida laboral fue vendedor *senior* de Colgate Palmolive en Barrancabermeja y Bucaramanga. Se jubiló en esta empresa y reside actualmente en Bucaramanga. Y el último de este grupo, bachiller del *Liceo Celedón* de Santa Marta, es **Rafael Peinado Royero**. Natural de Chiriguaná, se integró al grupo que llevó el rector del Colegio José Eusebio Caro gracias



a la amistad de su padre con el de Casadiegos Peinado y porque su tía María estaba dispuesto a alojarlo en su casa de Bucaramanga. Se graduó como ingeniero eléctrico el 10 de octubre de 1953 y se le reconoce como el primer egresado de la Universidad. Su trabajo de grado fue un proyecto de electrificación de su municipio natal para uso de la Empresa Electrificadora de Santander. Se fue a Inglaterra a proseguir sus estudios y a su regreso se empleó en Maracaibo, donde fue profesor universitario.

Un tercer grupo es el formado por los dos bachilleres del Colegio San Pedro Claver. El primero de ellos es **Alfonso Ramírez Pinzón**, natural de Málaga (2 de agosto de 1927), graduado como ingeniero químico el 10 de octubre de 1953 con un “Proyecto de fermentación de melazas para la destilación



de alcohol y beneficio de CO_2 como nieve carbónica”. Se trataba de un trabajo realizado para la Industria Licorera de Santander que fue avalado como trabajo de grado. Fue representante de los estudiantes ante el Consejo Directivo en 1952 y profesor de la UIS. Trabajó en *ECOPETROL* y muchos años en la Oficina de Patentes en Bogotá. El segundo es **Jaime Pradilla Sorzano**, nativo de Bucaramanga (14 de diciembre de 1931). Aunque hacía parte del grupo de Ingeniería Eléctrica, durante la crisis de 1950 abandonó y se fue en barco a Barcelona a seguir estudios de ingeniería industrial, inspirado en el ejemplo de los hermanos Álvarez Cerón. Al llegar allí tomó la decisión de estudiar química en el Instituto Químico de Sarria, donde se graduó en 1955 con un trabajo sobre “la producción de aril alquil sulfonato sódico”. A su regreso

trabajó en la UIS como profesor desde 1956, y allí obtuvo comisión de estudios para adelantar la maestría en química en Case Western Reserve University (Cleveland). Años después regresaría a esta institución, gracias a una beca Smith Fellowship de Lubrizol Corporation, para terminar su doctorado en ingeniería química. Trabajó en la Universidad hasta 1998, donde alcanzó el nivel de Profesor Emérito. La Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia le concedió en el 2000 una *Exaltación de Vida y Obra* por sus trabajos de investigación y docencia en química.

Un cuarto grupo puede ser integrado con cuatro bachilleres de diferentes colegios provinciales de Santander. **Eduardo Torres Sanmiguel** nació en el Socorro (30 diciembre de 1927) y se hizo bachiller en el Colegio Santander de Bucaramanga. Se gra-

duó como ingeniero electricista el 4 de julio de 1959. Fue profesor de la UIS y trabajó en la Hidroeléctrica del Río Lebrija. Formó la Compañía CINCO y murió de una apendicitis. **Luis Daniel Chacón Plata** nació en Zapatoca (4 diciembre 1926) y obtuvo su bachillerato en el Colegio San José de Guanentá de San Gil. Había comenzado estudios universitarios durante el año 1947 en la Escuela de Minas de Medellín y fue uno de los “internos” de la primera sede. Mientras estudiaba, se subsidió como director de una estación meteorológica. Se graduó como ingeniero químico el 3 de abril de 1954 con un trabajo sobre la “Fabricación de whiskey y subproductos derivados del maíz”. Tuvo una experiencia profesional exitosa y fue docente en la UIS. **Alfonso Franco Silva** nació en Oiba (9 noviembre de 1928) y era bachiller del Colegio Universitario de Vélez. Estudió ingeniería eléctrica y al terminar sus cursos ingresó a la Armada Nacional, donde adquirió una gran experiencia técnica en electrónica. Regresó al terminar esta experiencia y se graduó el 13 de agosto de 1960 como ingeniero electricista. Finalmente, **Hernando Ariza Paéz**, un veleño que adelantó estudios de ingeniería química. Fue el líder de los primeros enfrentamientos de los estudiantes con el Consejo Directivo. Trabajó en INDUMIL y se radicó en Bogotá.



El quinto y último grupo puede formarse con los siete estudiantes que abandonaron sus estudios durante el primer semestre. Al menos tres razones pesaron en sus decisiones: la primera de ellas fue la interrupción forzada por las violencias del 9 de abril de 1948, cuando la noticia del asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán produjo asonadas en muchas partes del país. Hasta la primera sede de la UIS llegaron gentes armadas con machetes, amenazando con matar a los profesores y estudiantes “godos”, y cerrar la universidad. Este receso de clases se prolongó hasta el 25 de abril. La segunda



razón fue la mínima liquidez de los estudiantes nativos de otras regiones que no contaban ni con becas ni con familiares que los subsidiaran. Y la tercera fue el rigor impuesto por José Álvarez Cerón en sus cursos, la primera “cuchilla” conocida en la Universidad para el efecto de elevar la calidad académica de los egresados. El primero en abandonar fue **Roberto Aguilera**, quien llegó tarde de Cundinamarca después de haber estudiado en un seminario. Tan pronto lo evaluó, don José Álvarez supo que sería el primero en irse. Un nativo de Sogamoso, **Héctor Gómez Vargas**, tenía la intención de estudiar ingeniería me-

cánica. De nada le sirvió. Un paisano suyo, natural de Miraflores, quería estudiar ingeniería química: **José Gutiérrez Leguizamón**. Dedicó su vida, con éxito, a la industria de la cerámica. Un bumangués, **Hugo Navas Gómez**, y un oriundo de Charta, **Álvaro Villabona Abril**, también abandonaron. El mono **Julio Villamizar Ayala**, el más joven de la generación, también se retiró. Uno que aguantó hasta la crisis de 1950 fue **Álvaro Garzón Palacino**, quien viajó a México a continuar sus estudios profesionales.

La responsabilidad de construir las tres profesiones fundadoras de la UIS, aun-

que seleccionadas durante la década de 1940 por don Julio Álvarez Cerón, correspondió al primer rector. El ingeniero Alejandro Delgado Trillos, profesor de la Escuela de Minas de Medellín, y Pedro Vicente Ortiz (nombrado por decreto 114 del 24 de enero de 1948) fueron los primeros convocados al ejercicio de este empleo, pero ninguno de los dos aceptó el ofrecimiento. Entonces el gobernador Rafael Ortiz González convenció a Nicanor Pinzón Neira, un ingeniero civil y de minas egresado de la Escuela de Minas de Medellín, a aceptarlo. Este abnegado personaje, natural de Guapotá y bachiller del Colegio Guanentá de San Gil, ya había trabajado en Bucaramanga en las obras de canalización de la Quebrada Seca y en la Planta de Soda de Zipaquirá. En 1947 estaba laborando en la Cervecería Bavaria y por el decreto 378 del 28 de febrero de 1948 fue nombrado como primer rector de la Universidad.

La enseñanza del año 1948 en la primera sede del caserón *Montecasino* no ofrecía muchos problemas, porque se trataba del ciclo básico en ciencias y matemáticas. Antes de la posesión del primer rector ya había sido resuelta por don Julio Álvarez Cerón (Cádiz, 1889–Bucaramanga, 1968), un ingeniero industrial egresado de la Escuela Técnica de Artillería de Segovia y rector del Dámaso Zapata. El director de Educación de Santander, Francisco García Valderrama, había animado a algunos estudiantes ofreciéndoles becas de 40 pesos mensuales con cargo al Fondo rotatorio de estudios agrícolas e industriales que estaba a su disposición. El propio don Julio se hizo cargo de los primeros cursos de física y mecánica y mediante bonificaciones atrajo a dos profesores de su colegio: el licenciado Daniel Ramírez López, quien ofreció una nivelación en aritmética y álgebra, y el señor Jesús Chaparro, quien lo hizo en geometría y física teórica. La clase de química básica la asumió gratuitamente y durante los tres primeros meses don Lelio Martínez Villalba, un químico egresado de la Universidad Bolivariana de Medellín que

se desempeñaba como director técnico de la empresa familiar *La Constancia*, dedicada a la producción de salsas de tomate y mermeladas de frutas.

Después del receso de abril, el rector se esforzó cuanto pudo por atraer hacia la docencia a los pocos ingenieros que vivían en la ciudad. El 25 de abril comenzó su labor docente don José Álvarez Cerón, ingeniero industrial de la misma escuela de su hermano Julio, quien se encargó de elevar el nivel de la enseñanza con sus cursos de geometría analítica y descriptiva, cálculo, trigonometría y electricidad. Puede decirse que este profesor creó la tradición de una buena formación matemática para las profesiones de ingeniería y ciencias. La clase de química práctica fue asumida por el licenciado Gilberto Arias Phillips, y don Julio Obregón Bueno, un ingeniero civil y de minas de la Escuela de Minas de Medellín, ofreció el curso de álgebra. La clase de dibujo industrial fue ofrecida por don Hernando Pardo Ordóñez, un bachiller del Guanentá de San Gil que había sido enviado por su padre en 1929 a adelantar estudios técnicos en Bélgica. Su habilidad para la docencia fue confirmada en los siguientes cursos que ofreció: mecanismos, electromagnetismo, electricidad general, corriente continua.

Luis Aurelio Díaz Orejarena, ingeniero civil y de minas egresado de la Escuela de Minas de Medellín, dictó el curso avanzado de álgebra durante el segundo semestre. Su presencia fue muy estimulante para los primeros estudiantes por su prestancia personal en el campo de la ingeniería civil, ya que no solamente fue socio de la compañía Morrison Knudsen-Rafael Jaramillo-Luis Aurelio Díaz para el proyecto de construcción de la carretera Bucaramanga-Cúcuta y para la rectificación de la carretera Bucaramanga-San Gil, sino que en 1959 ejerció, durante la administración de Mario Latorre Rueda, la Secretaría de Obras Públicas. Miguel A. Mora enseñó dibujo lineal geométrico y Saulo Barrera Parra el primer curso de inglés técnico. En la fábrica de Cementos Diamante consi-



guieron que dos de sus químicos, Roberto Pérez Bretón y Jorge Saravia Nieto, ofrecieran los cursos de química orgánica y química industrial. Germán Téllez Páez también enseñó química. Las prácticas de topografía fueron ofrecidas por el ingeniero civil Antonio Amorocho, adscrito a la secretaría de Obras Públicas. Hernando Mejía vino para enseñar el uso de algunos aparatos de medición.

En el año 1949 quedaron plenamente definidos los currículos profesionales de las tres ingenierías. Se tuvieron a la vista los programas de ingeniería que don Hernando Pardo había traído de Bélgica y los que aportó don Julio Álvarez, y el Consejo Directivo contó con el consejo técnico de los tres primeros decanos: Hernando Pardo Ordóñez, quien se posesionó el 15 de marzo de 1949 ante el Secretario de Educación como decano *ad honorem* de la Facultad de Ingeniería Eléctrica; don Alfonso Penagos Mantilla, un ingeniero civil y de minas egresado de la Escuela de Minas de Medellín que laboraba en la empresa familiar de fundiciones y máquinas, fungió como primer decano de Ingeniería Mecánica; y, ya sin la carga docente, Lelio

Martínez Villalba se desempeñó como primer decano de Ingeniería Química. El Consejo Directivo, presidido por el rector, siempre contó con el apoyo de don Julio Álvarez Cerón, del secretario general y asesor jurídico (Jorge Sánchez Camacho, quien también actuó como jefe de extensión universitaria), del padre Giraldo, rector del Colegio *San Pedro Claver*, de un delegado del gobernador y de un delegado de la Asamblea, que era Ramiro Blanco Suárez. Las primeras secretarías fueron Beatriz Gómez Vesga y Carmen Sofía Arenas Hederich de Arenas Buenahora. Don Ramón Wilches actuó como síndico.

Hay que reconocer la tesonera labor realizada durante el año 1948 por el ingeniero Nicanor Pinzón Neira, primer rector, y el respaldo general que le dieron los dirigentes de los gremios bumangueses. El 3 de mayo dirigió una carta a los directores de todos los periódicos locales expresando su fe en el proyecto universitario e identificando lo que tendría que gestionar para que al comenzar el año de 1950 nada faltara: edificio propio que había que construir sobre terrenos propios, laboratorios de prácticas, biblioteca



y profesores especialistas en ingeniería y ciencias. Aunque Santander había invertido tres millones de pesos en dos años de educación técnica, había que gestionar recursos más cuantiosos. El 7 de mayo siguiente, invitado por el gerente del Banco de la República, Alberto Díaz Soler, expuso ante el Club Rotario “la urgencia de movilizar todas las voluntades hacia la realización de los planes sobre enseñanza técnica”. Tres días después expuso el rector Pinzón ante la reunión ordinaria de la Sociedad de Ingenieros de Santander la necesidad de contar con el apoyo de sus profesionales para desarrollar el proyecto educativo, y de inmediato fue nombrado allí un comité pro universidad, integrado por los ingenieros Alfonso Penagos, Crisanto Duarte y Manuel Reyes Cancino. El gerente de la Empresa de Teléfonos de Bucaramanga, don Alejandro Martínez, donó a la universidad elementos técnicos que su empresa ya no usaba. El 12 de mayo el rector asistió a la reunión de la Sociedad de Mejoras Públicas de Bucaraman-

ga para exponer el proyecto universitario y solicitar su respaldo. El 18 de mayo repitió esta charla ante el Club de Leones, cuyos miembros le ofrecieron su decidido apoyo. El 26 de mayo fue publicada en *Vanguardia Liberal* una entrevista suya en la que afirmaba que el lema de la Universidad sería “trabajo y virtud”. Al día siguiente, el editorialista de ese periódico defendió el proyecto bajo el título de “Nuestra Universidad”. El rector del Colegio Santander, don Juan de Dios Arias, ofreció el 2 de julio en el Centro de Historia de Santander una conferencia titulada “La Universidad Industrial y la iniciativa privada”.

El 26 de mayo se organizó en la sala de juntas del despacho del gobernador, coronel Miguel Ángel Hoyos, una reunión del más alto nivel para examinar “los asuntos económicos de la UIS”. Además del gobernador y del rector, asistieron los directores de FENALCO (Christian Hederich), de la Sociedad de Mejoras Públicas (Marco A. Badillo), del Club Rotario (Carlos Julio Ardila), de

la Sociedad Santandereana de Ingenieros (Rafael Gómez Amorocho) y del Concejo de Bucaramanga (Luis F. Carrillo), Mario Galán Gómez, Gerardo Silva Valderrama y el gerente del Banco Alemán Antioqueño, don Domingo Trillos. El doctor Galán Gómez, quien desde 1941 había apoyado el proyecto universitario, esbozó un plan para su financiación y pidió el respaldo del gobernador. En respuesta, éste prometió que este mismo año la Universidad tendría lo que necesitara “para adelantar la construcción de los edificios y para iniciar los pedidos para laboratorios, talleres y otros elementos de trabajo”.

Los terrenos para la futura sede de la Universidad, por consejo del mismo doctor Galán Gómez, serían los del final de la meseta, junto al estadio Alfonso López. Entusiasmado, durante los días 29 y 30 de mayo el rector hizo el levantamiento topográfico del lote que pertenecía a Elías Pimiento, acompañado por cinco estudiantes que aprovecharon la práctica de topografía. Previendo la especulación con esos terrenos, el Concejo municipal aprobó el acuerdo 15 (3 de agosto de 1948) que declaró esa zona, desde la Calle 15 y hasta el fin de la meseta, Zona Universi-

taria de uso exclusivo para edificaciones de la UIS. Fue así como durante el mes de octubre, y contando con la promesa de pago en bonos departamentales, el rector negoció varios lotes con don Víctor Martínez Villalba, con la familia Acevedo Navas y con Escandón & Navarro.

La generación de 1948 organizó, el 8 de junio, la primera fiesta de los estudiantes. A nombre de ellos habló, en el acto solemne, Hernando Ariza Páez. Fue descubierto un óleo del Libertador, “porque fue el primer hombre en el nacimiento de nuestra libertad”, y se prometió que luego se levantaría una efigie de Francisco de Paula Santander. En la práctica, la que se levantó, a comienzos de la década de 1960 y antes de la entrada a la Universidad, fue la estatua ecuestre del Libertador, un regalo del Gobierno de Venezuela a la ciudad. En el mismo acto solemne, el ingeniero Pinzón Neira advirtió a los estudiantes que “la Universidad no será nunca lugar donde se encienda el fuego partidista, sino el fuego patriótico”. A sesenta años de pronunciada esta admonición de su primer rector, la UIS que vendrá debería asumirla como parte esencial de su destino institucional. ❖

